

TRIBUNA ABIERTA

# PRAGMATISMO

POR ANTONIO GARRIGUES WALKER

«A la vista del comportamiento del estamento político y del silencio de una sociedad civil acobardada, lo que hace falta en la vida pública es gente con valores que los defiendan con grandeza»

**D**ESDE el nacimiento de este movimiento filosófico en los Estados Unidos a finales del siglo XIX hasta nuestros días, el pragmatismo ha cumplido una misión importante en el debate intelectual aportando la idea básica de que no existen verdades absolutas, lo que implica renunciar a la búsqueda de las certezas últimas y por lo tanto a cualquier género de dogmatismo. Seamos falibilistas. Aceptemos que ni la ciencia ni la filosofía son capaces de proporcionar un conocimiento absolutamente cierto sobre las cuestiones básicas que plantea la vida.

A nivel popular el pragmatismo está creciendo espectacularmente en su acepción menos válida, una acepción que refleja con toda exactitud la frase siguiente: «Déjate de utopías, hay que ser pragmático». En esta época es justo lo contrario. Lo que tenemos que decir es: «No seas pragmático, se utópico». Es una época en la que la humanidad va a tener que demostrar su maravillosa capacidad de lucha para afrontar todo género de riesgos y

superarlos. Con actitudes pragmáticas nos hundiremos en la mediocridad, en la trivialidad y en la vulgaridad.

A la vista del comportamiento del estamento político -que está alcanzando niveles de insensatez desconocidas- y del silencio de una sociedad civil acobardada, lo que hace falta en la vida pública es gente con valores que los defiendan con grandeza y asumiendo todos los riesgos que puedan surgir.

No necesitamos, en verdad, gente pragmática, gente que se conforme con el mal menor, gente que anteponga su propia comodidad a la obligación de evitar daños ajenos, gente que justifique su actitud pasiva o su falta de compromiso ante situaciones injustas en el miedo a consecuencias negativas para sus intereses.

La pandemia sanitaria va a tener un impacto negativo grave en la vida económica y en la convivencia social, y va a requerir que se respeten sin reservas las decisiones que propongan los expertos en estas materias por más que sean a veces incompletas o cambiantes. Y los expertos deben hacer lo necesario para contrastar sus opiniones con sus colegas para así evitar errores graves o situaciones de incertidumbre absoluta.

En todo caso, los ciudadanos tendremos que ser conscientes de que en estos momentos la solidaridad es además de una virtud, una obligación social estricta y, por si fuera poco, el único camino seguro para superar esta situación dramática.

En resumen: no hay otro remedio que ser utópico.

ANTONIO GARRIGUES WALKER ES JURISTA

mis columnas para mostrarlo, digo que el Ejército es la institución española que más plenamente ha hecho la Transición, por su fidelidad a la Constitución, su obediencia a la autoridad civil y sus misiones en España y el extranjero.

Si no lo dije en la citada Tercera fue porque la Guardia Civil es en cierto modo Ejército, como Instituto Armado, y su oficialidad, como el señor Feliú, procede de la Academia General Militar. Que recientemente se haya convertido en blanco de una turbia maniobra para convertirla en «policía patriótica» aconsejaba centrarse en ella, dejando en paz al Ejército. Señor presidente y ministros: si buscan una policía no patriótica, no tienen que ir lejos.

JOSÉ MARÍA CARRASCAL  
MADRID



Joan Manuel Serrat

## ¿Para cuándo Sabina y Serrat?

Puedo llegar a entender los méritos de Ennio Morricone y John Williams para ser merecedores del premio Princesa de Asturias de las Artes que se les acaba de conceder. Pero nunca entenderemos muchos la margina-

ción constante del Patronato que concede estos galardones hacia cantantes como Joan Manuel Serrat y Joaquín Sabina, que, además de música y poesía, nos han relatado España durante cincuenta años y son fenómenos de masas en el mundo castellano hablante.

Sospecho que, como Luis Eduardo Aute, se nos irán sin un solo reconocimiento oficial a su calidad y a su impacto social. Es el divorcio constante entre los ciudadanos y sus gestores en este país, siempre tan miserable con sus genios.

DIONISIO RODRÍGUEZ CASTRO  
VILLAVICIOSA DE ODÓN (MADRID)

*Pueden dirigir sus cartas y preguntas al Director por correo: C/Juan Ignacio Luca de Tena 7. 28027 Madrid, por fax: 91 320 33 56 o por correo electrónico: cartas@abc.es. ABC se reserva el derecho de extractar o reducir los textos de las cartas cuyas dimensiones sobrepasen el espacio destinado a ellas.*



CAMBIO DE GUARDIA

GABRIEL ALBIAC

## NUEVA NORMALIDAD: ORDEN NUEVO

No, nunca más seremos lo que fuimos en aquel tiempo de libertad y euforia que cerró el siglo veinte

**L**OS golpes de verdad duros tardan en apreciarse. Uno sigue en pie, como si se tratara de otra más de las innúmeras bofetadas. Piensa que, pese a todo, su vida va a seguir siendo la misma. Finge hablar como siempre, repetir gestos idénticos, mismas liturgias. Luego, un día, sin que nada explique por qué en ese momento, bajo sus pies el suelo se abre. Cae fulminado por una evidencia: la de que su mundo no existe. Ya. Ni, con su mundo, queda nada de lo que él fue.

Y eso está en todo ahora. Al menos cuarenta mil familias españolas han perdido a alguna de las personas a las que amaban: de preferencia, padres y abuelos. En tanto, las cadenas audiovisuales dispensaban a cubos optimismos de patio de colegio y risa maravillosamente estúpida. Hasta el luto nos han arrebatado esas máquinas descerebradas al servicio de un poder homicida. Pero el luto eludido retorna siempre. Y la difusa, la universal melancolía que nos acosa a todos, es más devastadora precisamente porque dice, sin poder ponerle palabras, el dolor de aquellos a quienes les fue vetado aun el dolor fundamental de enterrar a sus muertos en el momento y en el modo justos.

«Volveremos a ser los de antes», salmodia un poder más desalmado de cuanto mis setenta años me hayan dado a contemplar. Es mentira, desde luego: nada vuelve nunca; el tiempo, que es la única materia en la cual está tejido un hombre, no da marcha atrás. «Una sola vez», dictaminaba Heráclito, «nos sumergimos en las mismas aguas del mismo río». Y eso impone entidad moral a cada una de nuestras acciones: que son irreparables. Nada volverá nunca; esto que hicimos lo hicimos para toda la eternidad, y para toda la eternidad somos sus responsables; éste al cual perdimos, no lo recobramos nunca. Y nos quedará el dolor intenso de saberlo irrecuperable. Y ese dolor será siempre su presencia en nosotros: y nos hará vivir en su recuerdo. Para eso sirve el luto: para fijar el ácido espejo de lo ido y lo recordado. Nadie puede renunciar a ese duelo sin desalmarse.

¿Saldremos? Sí, claro. ¿Cómo? Vendrá otro mundo. Del anterior, del que fue nuestro, quedará nuestra memoria. Y la sabiduría básica de no mentirnos con imposibles retornos. La mayor y más dura dictadura del planeta, China -y a su socaire parte de Asia-, emerge ahora convertida en la primera potencia que estaba destinada a ser en medio siglo: las catástrofes, es sabido, aceleran los tiempos históricos. Europa, que disfrutó del lujo de prescindir de fábricas contaminantes, se despierta desnuda: en lo militar, como en lo sanitario, como en lo energético, el continente se asoma a su destino de vivir en dependencia. Todo, en los Estados Unidos, favorece la hipótesis de un cierre autárquico.

Y, en todas partes y en distintos grados, habrá llegado la hora de esa «nueva normalidad» de los Estados autoritarios, hoy populistas. No, nunca más seremos lo que fuimos en aquel tiempo de libertad y euforia que cerró el siglo veinte. Sepamos decirle adiós. Aprendamos a añorarlo.